

cia contra el sacerdote apóstata Procopio el Rapádo, gefe principal de los taboritas, y contra su pretendido obispo Nicolás de Pelhisimon, los cuales hicieron por mucho tiempo grandes esfuerzos para volver á atraerle á su partido (1): lo que solo sirvió para llenarlos de oprobio, dándole ocasion de referir las enormes blasfemias que vomitaban contra nuestros dogmas mas sagrados, y especialmente contra el misterio adorable de nuestros altares, sin embargo de que fingian no separarse de él.

32. La Francia, mas religiosa que todos aquellos países semicristianos del norte, y siempre invariablemente adicta á la fe pura que en ellos se desfiguraba de un modo tan horrible, no gozaba á pesar de esto de una suerte mucho mas feliz. Su Rey, escluido del trono de sus padres, y desterrado del centro de sus estados, se habia retirado á las regiones meridionales del reino, donde no tanto parecia un Monarca, quanto un proscrito fugitivo. Fue perseguido de los ingleses, con los cuales hicieron causa comun los bretones y los borgoñones. El Rey Carlos se vió agoviado por todas partes: fueron derrotados sus pequeños egércitos en casi todos los encuentros: perdió la mayor parte de sus plazas, con los equipages, municiones y el poco dinero que le quedaba para pagar la tropa; y se le redujo á tal estado de desnudéz y degradacion, que sus vencedores insolentes le llamaban por mofa el Rey de Bourges.

(1) *Cochl. Hist. Huss. l. 6.*

Hubiera perecido la monarquía francesa, ó á lo menos aquella série no interrumpida de Soberanos indigenas, la mas dilatada, la mas augusta y la mas religiosa del universo, si el cielo, por medio de una reunion de cosas y de circunstancias que no pudo menos de calificarse de prodigio, no hubiese sostenido visiblemente un imperio, llamado por excelencia el reino de los cristianos, y digno todavía de servir de modelo á las demás naciones que profesaban la fe de Jesucristo. Orleans, que por decirlo así, era el quicio en que se sostenian entonces todos los destinos de la constitucion francesa, estaba ya esta acometida y fuertemente estrechada, dependiendo de su ruina la del imperio del quincuagésimo sucesor de Clodoveo. El duque de Alençon, el famoso conde de Dunois, La-Fayette, La-Hire, Saintrailles, nombres eternamente preciosos para la Francia, y otros guerreros asociados á su heroismo y á su fama, lejos de poder libertar la plaza, apenas bastaban para sostener el valor asombrado del Rey, que solo hablaba de refugiarse en las estremidades del reino, huyendo á los desfiladeros de las montañas. Estaba dispuesto en los decretos eternos que en aquella ocasion no se libertaria la Francia por los esfuerzos de los héroes.

33. Pero á cien leguas del tumulto de las armas, en la obscuridad pacífica de la vida campestre, el ángel tutelar de la monarquía francesa preparaba una heroína de un órden tan nuevo, que apenas pudo ella persuadirse á sí misma la maravilla de su

destino. Juana del Arco, hija de unos padres sencillos y temerosos de Dios, natural de la aldea de Douremi, cerca de Vaucouleurs en las fronteras de la Champaña y Lorena, y ocupada desde su infancia en guardar el rebaño, ó en asear la cabaña de su padre, tuvo un sueño á los diez y siete años, en que se le apareció el arcangel San Miguel rodeado de una luz brillante, y la mandó en nombre del Señor que tomase las armas, que fuese á libertar á Orleans, é hiciese que Carlos VII fuese consagrado en Rems. Tenia Juana, á pesar de su corta edad, la firmeza de ánimo que acompaña ordinariamente á la del valor; y era tan poco inclinada á la credulidad, que al despertar miró con desprecio su sueño; pero habiendo tenido la misma aparicion tres ó cuatro noches seguidas, dió cuenta de ello á sus padres, los cuales la presentaron al gobernador de Vaucouleurs. Este oficial, llamado Baudricourt, no pudo menos de reirse á la primera noticia que le dió una aldeana jóven, de que Dios queria valerse de ella para arrojar de Francia á los ingleses. Admirado no obstante de sus pocos años, de su presencia, de la nobleza que mostraba en todas sus acciones, de su constancia y de su facilidad en esplicarse, la estuvo oyendo mucho tiempo, y no supo que partido tomar, al ver que discurrea con inteligencia y con un juicio esquisito acerca de cualquier asunto. Hablaba de la Religion como un teólogo consumado, y de la guerra como general de ejército. Pero lo que mas aumentó la

incertidumbre de Baudricourt fue el decirle esta doncella asombrosa en tono de inspirada: „sabad, que en el momento en que os estoy hablando, son derrotados los franceses cerca de Orleans, y si no me enviais al Rey, les sucederán aun mayores desgracias.” Ocho ó diez dias despues supo Baudricourt la verdad de esta prediccion. Habian acometido los franceses un gran convoy en que habia hasta trescientos carros cargados de arenques, que llevaban los ingleses á sus compatriotas que sitiaban á Orleans, y los agresores fueron completamente derrotados. Dióse á esta espedicion el nombre de *battalla de los arenques*, por haberse puesto el cerco de Orleans durante la cuaresma, la cual observaban religiosamente las tropas, del mismo modo que los demás fieles.

34. Luego que vió Baudricourt que la Poucella habia profetizado, la miró como una persona enviada de Dios, la dió caballos y armas, é hizo que la presentasen al Rey acompañada de dos caballeros, con los cuales quiso ella que fuesen tambien sus dos hermanos. Se hallaba entonces Carlos VII en Chinon, ciudad de la Turena, mas desalentado que nunca, desconfiando de Orleans y casi de su corona. Se le dió aviso de la llegada de la Poucella, y mandó que la introdujesen en su cuarto, en medio de un gran número de caballeros jóvenes, cuidando de que la mayor parte de ellos tuviesen vestidos mas preciosos que los del mismo Rey. Pero no se equivocó la heroína, antes bien se dirigió

al Monarca, y le saludó con una serenidad modesta. Queriendo Carlos dar mayor fuerza á la ficcion, dijo que él no era el Rey. Mírale ahí, añadió, señalando con la mano á un cortesano muy galan. Sonrióse la Poucella, y dijo: „sé á quién tengo la honra de hablar, y conocia á mi Soberano antes de verle.” Le habló con tanto ingenio, gracia y dignidad, que toda la corte creyó ver en ella alguna cosa sobrehumana. Prometió en términos formales que libertaria á Orleans, y haria que el Rey fuese consagrado en Rems. Para que se la diese entero crédito, le recordó en presencia de su confesor, del duque de Alenzon y del prudente Cristóval de Harcourt, secretos que jamás habia comunicado á nadie. „¿Os acordais, Señor (le dijo), de que el dia de Todos Santos pedisteis dos cosas á Dios en el acto de comulgar, una que os quitase el deseo y el poder de hacer la guerra, si no erais el heredero legítimo del reino, y otra que descargase sobre vos toda su ira mas bien que sobre vuestros pueblos?” Desde entonces se mostró el Rey persuadido de la divina mision de la Poucella, y solo trató de los medios de convencer á los demás.

Hizo que la examinasen en su corte el obispo de Chartres que era su confesor, el caballero de Harcourt, muy célebre por su prudencia, y otras muchas personas instruidas; despues de lo cual la llevaron á Poitiers, donde fue preguntada por el parlamento y por la porcion mas sana de los doctores de París, que habian ido á establecerse allí.

Entre otros interrogatorios, sufrió uno de mas de dos horas, en que la hablaron los doctores sucesivamente, y la pintaron con viveza los riesgos á que se esponia. Un fraile carmelita, doctor severo y desapacible, como dice un historiador contemporáneo, la intimó con aspereza que no se la daria crédito, si no mostraba alguna señal que persuadiese la verdad de sus palabras: á lo que respondió que no queria tentar al Señor, que la señal decretada por el cielo era levantar el sitio de Orleans y consagrar al Rey en Rems; que la siguiesen y verian: con cuyo motivo otro doctor del orden de Santo Domingo, la hizo el argumento de que si la libertad de Orleans habia de ser obra de Dios, no eran necesarios los combates que pedia. „Muy pocos son los que pido, replicó ella; inténtese el combate, y Dios dará la victoria.” En fin, el resultado de todos los exámenes fue, que por mas estrañas que pareciesen las promesas de la Poucella, debia el Rey aceptarlas con confianza y poner los medios para realizarlas.

35. Se la armó de punta en blanco, vestida de hombre, como habia ido desde su pais, y con el pelo cortado. La dieron un caballo, y le manejó inmediatamente como pudiera hacerlo el mejor jinete. Quiso darla el Rey una espada, pero dijo en tono profético, que habia una en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois en Turena, y que en aquella arma fatal, adornada con cinco cruces y tres flores de lis, estaban cifradas sus victorias contra

los ingleses. Hallóse la espada en el lugar indicado, y luego que se la entregaron la desnudó como para probarla, y á pesar de lo enorme que era, la jugó á vista de todos con una celeridad, satisfacción y confianza que fue un presagio de su próximo triunfo. Luego que se vió armada como quería, se despidió del Monarca, y fue á incorporarse con las tropas preparadas para la expedición de Orleans. Habia dado la idea de una bandera blanca, sembrada de flores de lis de oro, en medio de las cuales estaba representado el Omnipotente con el globo del mundo en la mano. Se bendijo la bandera segun las ceremonias que acostumbraba la Iglesia; despues de lo cual llamó la Poucella á los generales, y estando todos juntos les exigió la palabra de que echarian del ejército todas las mugeres públicas, las que siempre la fueron aborrecibles, y tomarian con sus soldados todas las disposiciones capaces de atraer las bendiciones del cielo, esmerándose con especialidad en hacer que se confesasen y comulgasen, cuyo ejemplo les dió ella antes que otro alguno.

Egecutadas á su gusto todas estas cosas, se puso al frente de las tropas, y se acercó á Orleans. Ya estaba allí el conde de Dunois, el cual hizo una salida para facilitar el socorro, y entró en la plaza la Poucella casi sin pelear. Luego que se hizo cargo de su estado y de las trincheras, hizo unas salidas terribles y repetidas sin interrupción, acometió y se apoderó palmo á palmo de las obras de los

sitiadores. Siempre era la primera que embestia, y acostumbraba decir á los soldados: *nuestros son, nuestros son; el Señor está por nosotros*. En uno de estos ataques recibió un flechazo que la penetró por la espalda, y viéndola ensangrentada el conde de Dunois, quiso que se retirase. „No, no, le dijo ella; por un poco de sangre que me cuesta no se me han de escapar:” y cargando mas y mas al enemigo, subió á sus atrincheramientos, y plantó en ellos su bandera por su propia mano. Los franceses dieron mil gritos de alegría y de triunfo, arrollaron por todas partes á los sitiadores, é hicieron en ellos una horrible carnicería. Al dia siguiente abandonaron los ingleses los demás fuertes que les quedaban, y levantaron el sitio á 8 de Mayo de 1429, en cuyo dia establecieron los de Orleans una fiesta para celebrar, como celebran aun todos los años, la maravilla de su libertad.

36. Habiendo cumplido la Poucella la primera parte de su oferta, volvió á buscar al Rey, y le dijo: „Príncipe, ahora es necesario que vayais á consagraros á Rems.” Sin embargo del mucho ascendiente que habia adquirido con sus grandes hazañas, le pareció al consejo extravagante esta proposición; y á la verdad no podemos menos de confesar que apenas se podia juzgar de otro modo atendidas las reglas ordinarias de la prudencia, puesto que los ingleses conservaban todavía una infinidad de plazas en el país, que tenían en todas las provincias tropas infinitamente mas numerosas que

las del Rey Carlos, y que en la Champaña eran dueños de Rems, de Troyes, de Chalons y de casi todas las ciudades. A estas objeciones no dió la Poucella mas respuesta que decir: „Señor, vamos á Rems: de parte de Dios os prometo restableceros en aquella ciudad, y hacer que se os confiera allí la unción de los Reyes vuestros padres.” La seguridad con que hablaba inspiró la mayor confianza aun á los mas apocados, y ya no se trató de deliberar.

No hubiera tardado su nombre en volar hasta el centro de las provincias que habian de recorrer; pero su prudencia quiso asegurarse desde luego de los países vecinos. La ciudad de Gergeau cayó en su poder, como de paso; y para apoderarse de Beaugenci mandó dar la batalla de Patai, en la que parecia que los generales estaban únicamente encargados de la egecucion de sus órdenes. Siempre estaba al frente de la primera fila con su bandera temida, y á cada movimiento iban los capitanes mas hábiles á preguntarla lo que habian de hacer. Fueron derrotados los ingleses, y quedó prisionero su general, el célebre Talbot. Se emprendió el sitio, y se rindió Beaugenci sin oponer resistencia; de modo que los enemigos del imperio francés, tan orgullosos poco tiempo antes, conocieron finalmente que peleaba el cielo por su conservacion. Parecia que la arrogancia británica, exaltada en tanto grado por los favores de la fortuna, y que el duque de Borgoña, tan empeñado en su venganza, temian

luchar contra la Omnipotencia divina, ó que ésta les tenia atadas las manos. ¡Tánto habia variado la suerte de los combates con la particular circunstancia de una doncella convertida de repente en general del egército!

37. Persuadidos por otra parte los franceses de que el cielo se declaraba á favor de Carlos VII, despertaron del letargo en que yacian, y corrieron todos á las armas. La nobleza, armada á sus propias espensas, acudia de todas las provincias, y aumentaba de dia en dia el egército real. El mismo condestable de Richemont, Arturo de Bretaña, sin embargo de que el duque su hermano estaba coligado con los ingleses, y que él no disfrutaba del favor del Rey, fue personalmente á ponerse á sus órdenes con mil doscientos caballeros. Movida la Poucella de las sugeriones de Carlos, á quien era sospechoso el condestable, montó desde luego á caballo al frente de toda la caballería, con el designio de observarle y de acometerle en caso necesario; pero apenas descubrió la rectitud de intencion de aquel héroe generoso, saltó del caballo y fue á saludarle con las demostraciones mas honoríficas. Se apeó igualmente el condestable, y la dijo: „Juana, me habian asegurado que querias pelear contra mí: yo no sé si eres ó no eres enviada de Dios: si lo eres verdaderamente, nada tengo que temer, porque sabe Dios mi buena voluntad; y si vienes de parte del infierno, aun te temo menos.” Conviene referir con exactitud este incidente, pues

aunque es poco considerable en sí mismo, importa mucho para confundir á los detractores de la Poucella y del nombre francés. Hizo la heroína los mayores esfuerzos, pero inútilmente, para que el Rey se reconciliase con el condestable. Sin embargo, Arturo continuó siendo fiel á su Soberano, y en cierto modo sirviéndole á pesar suyo, y habiendo entrado en Normandía, se apoderó de un gran número de plazas que tenían allí los ingleses.

38. Por último, se encaminó el Rey á Borgoña para pasar á Champaña y consagrarse en Rems. La ciudad de Auxerre, que se mantenía neutral por efecto de temor, no quiso abrir las puertas, pero suministró víveres. La de Troyes estaba peor dispuesta, ó por mejor decir, mas esclavizada. Tenía una guarnición numerosa, estaba bien defendida y provista de abundantes municiones, cuando el ejército real ni aun tenía artillería para emprender el sitio. Juntó Carlos su consejo, y todos iban ya á votar que era necesario retroceder hasta Berri. Pero la Poucella, que temía esta resolución vergonzosa, se presentó sin que la hubiesen llamado. No eran de su gusto las disputas ni las largas arengas. „Señor, dijo, vamos á Troyes, y en dos días os hago dueño de esta ciudad. Dejémosla hacer lo que quiera, dijo el Rey, y odebézanla todos.” Inmediatamente montó á caballo, dió orden para que se acercase el ejército que estaba á dos leguas de la plaza, formó sus batallones á vista de los sitiados, dispuso, á falta de cañones, baterías fingidas, y no

omitió ningun espectáculo capaz de inspirarles temor. Su solo aspecto, á la manera que la hermosura augusta y terrible de los habitantes celestiales, no infundía menos temor que el esfuerzo de su brazo. Se presentó Juana al pie de los baluartes, y amenazó á los ciudadanos con la divina venganza, aun mas que con la del Rey. Se rindieron á sus exhortaciones, sostenidas por las de Juan de Esguise su obispo; pidieron perdón, y abrieron las puertas. Poco despues consiguió Juan de Sarrebruche, obispo de Chalons, que su pueblo egecutase lo mismo: y la ciudad de Rems envió sus llaves, despues de haber arrojado la guarnición inglesa. Para mayor satisfaccion, el duque de Lorena, el de Bar, y el señor de Commerci, presentaron sus tropas al Rey, el cual entró en Rems con toda seguridad, y fue consagrado por el arzobispo estando presente la Poucella en traje militar, con su bandera enarbolada al lado del Monarca. Agradecido este Principe, la ennoblecio á ella y á toda su familia, aun por línea femenina; la mudó el nombre de Arco en el de Lis, y la dió por escudo de armas una espada sosteniendo la corona, adornada de dos flores de lis.

39. Estas son las principales hazañas con que se distinguió la Poucella de Orleans. Cada uno juzgará de ellas como quiera; pero nadie podrá dudar de su verdad por poca instruccion y rectitud que tenga. Es necesario abandonarse á toda la parcialidad del inglés Rapin Toyras, ó de algunos falsos